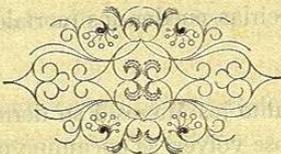


Del muerto mar, los álitos huyeron
 Segun la indicacion del ser divino,
 Y á otro confin sus pasos dirigieron
 De mas seguro y plácido camino:
 Y en su rápida fuga prosiguieron
 A la lumbre del Sol y al vespertino
 Resplandor, que, curando su fortuna,
 Blanda les vibra la argentada luna.



LIBRO OCTAVO.

LA PURIFICACION.

Subiendo va con trabajo
 Por una elevada sierra,
 Reducida caravana
 De dos personas compuesta:
 Mas no son dos; que si osado
 Las orlas el aire eleva
 Del cumplido manto oscuro
 Que reviste á la una de ellas;
 Tal como acasó la luna
 En noche clara y serena
 Entre blancas nubecillas
 Asoma la faz risueña:

Así entre cándidas tocas
 Que á los rayos reverberan
 Del sol, de un hermoso niño
 Se ve la rubia cabeza.
 Muger es la que en sus brazos
 El hermoso niño lleva,
 Muger y madre sin duda;
 Que solo así la terneza
 Tener pudiera y cuidado
 Con que á su seno lo estrecha.
 Muger es, y de la vida
 Parece llegar apenas
 Al florido umbral, dichoso,
 De la humana adolescencia.
 Muger es, y tan hermosa
 Es la faz que Dios le diera
 Que mas que muger humana
 Parece divina esencia:
 Y nunca, ni cuando Phidias
 Halló en la famosa Grecia
 Vivientes originales
 A sus estatuas eternas;
 Ni cuando allá al primer hombre
 En las dichosas riberas
 Del perdido Eden, llegara
 Nuestra madre comun, Eva;
 Jamas á mortales ojos
 Ofreció naturaleza

Ni un levísimo trasunto
 Ni la mas remota idea,
 De tan celeste hermosura
 En sus obras mas perfectas.

Varon es el que delante
 Va por la escabrosa senda,
 Y ya toca de la vida
 A la estacion postrimera.
 Vejez lozana es la suya,
 Pues aunque vivos platean
 Del sol á los puros rayos
 La barba y la cabellera;
 En su marcha y apostura
 Se ve que intactos conserva
 El vigor y la energía
 Que en su verde edad tuviera.

José y Miriam, los esposos,
 De elevada stirpe régia,
 Son los que á pié caminando
 Van á Sion la altanera.
 Allá van, de sus mayores
 Para prestar obediencia
 A las leyes que ordenaban
 A las mugeres hebreas

Purificarse en el templo
 Despues de dias cuarenta
 Del parto, y dar en rescate
 Una cantidad pequeña,
 Por la cual libre quedaba
 Su generacion primera.
 Que, si bien libre de mancha,
 La esposa de Dios escelsa
 Quiso á la ley sujetarse
 De Moisés el gran profeta,
 Confundiendo entre la turba
 De las hembras de su tierra
 La sempiterna corona
 Con que Dios la enalteciera.



II.

Apenas los dos esposos
 Entraron de gozo henchidos
 Del Salomónico templo
 En el sagrado recinto,
 Contra su seno estrechando
 La madre al eterno niño,
 Y José las dos palomas
 Llevando del sacrificio,
 Y los siclos del rescate
 Por la sacra ley pedidos:
 Simeon, un santo anciano,
 Del espíritu impelido
 De Dios, entró presuroso
 Del templo en el peristilo.

Y al mirar el régio aspecto
De los Santos peregrinos,
Entre los toscos pañales
Del pueblo, al divino Cristo
Reconoció; y del regazo
Materno tomando al niño,
De lágrimas amorosas
Los ojos humedecidos,
Esclamó con voz cortada
Por sus ardientes suspiros:

“ ¡Ahora, Señor Dios, venga la muerte,
“ El anciano la aguarda sin temor,
“ Porque sus ojos vieron al que es fuerte,
“ Al Cristo Salvador!

“ ¡Al que verá la humana muchedumbre
“ Sentado só el espléndido dosel,
“ A ser del universo eterna lumbre
“ Y gloria de Israel!

“ ¡El que será á millares de millares
“ Salud y libertad y salvacion;
“ Y á los que no veneren sus altares
“ Eterna perdicion!

“ ¡Objeto santo de perenne culto
“ Será para los puros corazones;
“ Mas de saña feroz y fiero insulto
“ Y afrentas y baldones,

“ Al perverso será, que del pecado
“ Se complace, entre el fétido albañal!
“ Y de dolor intenso traspasado,
“ El seno maternal será rasgado
“ Como de un agudísimo puñal.”

Y despues de un breve espacio
De silencio entristecido,
A los dos santos esposos
Con grave ademan bendijo;
Y haciéndoles un saludo
Se retiró pensativo.

Mas en aquel mismo instante
Entró en el sacro recinto
Una profética viuda
Que en ayunos y silicios
En el templo día y noche
Servia al ser infinito.

Y al ver de Miriam en brazos
 El sumo recién nacido,
 Con llanto de amor gozoso
 Y en apasionados gritos,
 Cantó alabanzas y glorias
 De Jehovah y de su hijo.

Y así por altos fines,
 Belen con sus pastores;
 De bárbaros confines
 Los magos y doctores;
 Los jóvenes y ancianos,
 Los fieles y paganos
 Cantan con alto júbilo
 Las glorias del Señor.

Y al dar la feliz hora
 Del despertar del mundo,
 Donde el Eterno mora
 Oyese un ¡ay! profundo
 De sin igual contento,
 Suavísimo contento
 Que entonan los arcángeles
 Al hijo Salvador!..

III.

Del patio postrimer vedado estaba
 Traspasar á las hembras los umbrales,
 Y triste allí por tanto se detuvo
 Del gran rescatador la tierna madre.
 El patriarca de gozo estremeado,
 En sus brazos tomando al rubio infante,
 A la sala se entró donde ofrecían
 El nacido primero á Dios los padres.
 Mas dentro del santuario preferido
 Faltaron profecías y señales
 Y ojos ningunos vieron el aurora
 De aquel sol de justicia fecundante;
 Que sumidos del vicio en la ceguera
 Los ministros del templo principales,

Dejaban privaciones y virtudes
 A los simples levitas; y arrogantes
 De las humanas y divinas leyes
 Reían, y en feroz libertinage
 No como sacerdotes del Eterno
 Vivían, mas cual pérfidos magnates,
 Príncipes opresores de los pueblos,
 Pontífices del oro y las maldades.

Un sacrificador desconocido
 Recibió de las manos paternas
 De José lo prescrito por las leyes,
 Los argentados siclos y las aves,
 Sin dirigir ni una mirada sola
 Al rey de las mansiones celestiales.

Así ante los soberbios Aaronitas
 Pasó ignorado el vencedor instante
 En que un mas digno y generoso culto
 Venía á reemplazar de las edades
 Anteriores del mundo las creencias,
 Con doctrinas mas puras y durables:
 Instante en que el antiguo testamento
 Que en la cumbre del Sinai á la errante
 Multitud de Israel dió el Infinito,
 Sucedia una ley mas saludable;

La buena nueva al mundo, el evangelio,
 Que el mismo Dios traía á los mortales:
 Divina ley, como su autor perfecta,
 Pura como El, eterna é inmutable!

Y ni en los de Sion espesos muros,
 Ni en sus soberbias, populosas calles,
 Ni en las altivas torres de su templo
 Adornadas de almenas y baluartes;
 Ninguna voz se alzó que en son de triunfo
 Ruidosa al niño rey diera homenaje.
 Y al través de la ciega muchedumbre,
 Muda en su orgullo, en su ignorancia grave,
 Enumeraba ya el divino Cristo
 Aquellos furibundos criminales
 Que iban en breve en gritos sediciosos
 A clamar parricidas por su sangre!

José y Miriam en tanto, ya cumplido
 De la ley el precepto inevitable,
 A Nazareth sus pasos dirigieron
 Volver á ver ansiando sus hogares.